

## ***La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina***

*Carlos Alberto Álvarez*  
Universidad Nacional de Rosario, Argentina  
[carlosmdp25\\_@hotmail.com](mailto:carlosmdp25_@hotmail.com)

Carlos Altamirano, *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2021, 224 pp.

Carlos Altamirano es uno de los intelectuales y referentes de mayor renombre y autoridad a la hora de pensar el campo de las ideas o de la historia intelectual, al cual ha dedicado su vida académica. En esta oportunidad nos presenta una obra que constituye la maduración de un proyecto de largo aliento, el cual comenzó su derrotero como inquietud plasmada en ponencias para jornadas de historia y que actualmente, ocho años después, concluyó en libro.

La inquietud que anima y dota de carnadura a la obra es la pregunta por la identidad, ¿de qué hablamos cuando hablamos de América Latina?, ¿qué Américas se evocan en dicha enunciación?, Nuestra América, ¿desde cuándo y para quienes?, etc. Inquietud por cierto que ha acompañado a la historia misma del continente y que ha sido motor de debates al momento de dotar de identidad al continente americano. Estas preguntas, articuladoras históricas de representaciones, han constituido una obsesión para muchos intelectuales entregados a la tarea de dar respuesta, de construir o definir dicha identidad siempre maleable, escurridiza y en permanente disputa.

De esta forma, con agudeza y sentido histórico, Altamirano se propone una reconstrucción histórica, analizando el derrotero que dichos debates y narrativas han tenido en cada coyuntura específica a lo largo del tiempo hasta nuestros días. En el análisis



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

situado de dichas narrativas es que el autor puede recuperar su especificidad en cada momento histórico. Para ello, el autor analiza diversas coyunturas problemáticas de la historia continental en las cuales los combates por la historia y las representaciones pusieron en tensión las representaciones de América, fundamentalmente desde los procesos independentistas que atravesaron al continente en el siglo XIX.

El libro se compone de ocho apartados, los cuales responden no sólo a criterios metodológicos, sino también cronológicos de la producción del autor. La obra, como adelantamos, es el resultado de una investigación sostenida en el tiempo, motivo por el cual el autor decide estructurarla de forma tal que dé cuenta de dicho proceso. Así, la primera parte reúne los primeros trabajos que dieron inicio a la exploración, parte de los cuales fueron presentados en las jornadas Interescuelas de Historia de 2013 en Mendoza, Argentina. Los siguientes tres artículos se desprenden de cursos universitarios dictados por el autor en diversas universidades. Los apartados cinco, seis y el apéndice con el cual cierra el libro, se corresponden con sus producciones más recientes. De esta forma, el libro propone un recorrido que no es sólo temporal y metodológico por las problemáticas de la identidad del continente, sino que también se instituye en una hoja de ruta intelectual de Altamirano, en un *working progress*.

El primer capítulo se llama “Un largo desvelo”, en el cual indaga sobre lo que entiende como una constante, es decir, en la permanente disputa y reactualización de los sentidos de “nuestra América” desde que el término fuese empleado en el siglo XVIII por los ilustrados criollos. Dicho desvelo hunde sus raíces en el problema de una identidad que no logra estabilizarse producto del mestizaje, problema siempre irresuelto para los criollos que vivían una identidad escindida entre lo europeo y lo nativo. Dicho problema, a su vez, era traducido en una lucha entre un adentro y un afuera, en torno a la legitimidad de la condición criolla en materia de derechos sobre el territorio, en calidad de locales frente a la figura de los invasores. Este problema emerge, según el autor, con la famosa *Carta de Jamaica* redactada por Simón Bolívar en uno de los *impasses* de las guerras independentistas.

Dichos clivajes darían un nuevo giro hacia finales del siglo XIX cuando el imperio español perdiera sus últimas posesiones y emergiera la figura de Estados Unidos como nueva potencia y peligro regional. Obras como el *Ariel* de Rodó pondrían en tensión una

América que ya no se definiría en torno a la diferencia para con lo europeo, sino que buscaría su singularidad y diferencia en torno a la hispanidad en contra de unos Estados Unidos anglosajones, es decir entre un Ariel esencialista contra un Calibán materialista, tomando mayor impulso por entonces la imagen de una América Latina. Luego Altamirano recorre otras narrativas menos situadas en los conflictos internacionales y más introspectivas en torno al problema de brindar una explicación a las dificultades del presente para naciones de las cuales se esperaba un futuro exitoso.

El segundo capítulo se titula “¿Qué América somos? Debates y peripecias de una nominación”. En él, el autor se adentra en el problema de la hispanidad y los debates en torno a la latinidad del continente, así como su giro antiimperialista de la mano de autores como el uruguayo Ardao, el mexicano Leopoldo Zea, entre otros. Para buena parte de estos intelectuales de mediados del siglo XX, la discusión en torno a la latinidad de América se encontraba zanjada, mudando la antinomia hacia el eje del imperialismo y el vínculo problemático de una América dividida en dos, entre opresores y oprimidos. De esta forma, lo único que entendían que comenzaba a manifestarse como una constante era el antiimperialismo de esa América Latina, mas no su propia identidad, la cual era utilizada y reivindicada tanto por las derechas más reaccionarias como por las izquierdas más revolucionarias.

En el tercer capítulo, titulado “Condición criolla, identidad americana”, Altamirano explora los dos sentidos principales que adquirió la condición criolla en los procesos independentistas y en las jóvenes repúblicas. Así, ser criollo definía no sólo a un grupo social formado por españoles nacidos en América, sino también el de un actor político que se erigía como sujeto revolucionario, el cual había liderado las independencias y la ruptura del lazo colonial. De esta forma, aquella inestable e incómoda identidad criolla que el autor analiza en el primer capítulo, se encuentra en los albores del siglo XIX signada por el cambio de conciencia de su rol social e histórico, producto de una maduración ideológica al calor de la revolución francesa.

Altamirano identifica un clima intelectual en el siglo XIX en el cual el consenso era que las revoluciones independentistas eran sinónimo de revoluciones criollas, amalgama enhebrada por el liberalismo como matriz de pensamiento, no entendida en términos de doctrina, sino como una filosofía pública, en los términos en que la ha definido Natalio

Botana. Finalmente, el autor se adentra en el análisis del vocablo criollo, no solo desde su dimensión etimológica sino también desde su condición de categoría para el análisis histórico de sus cambios de significados y representaciones.

El cuarto capítulo se llama “Representaciones de la conciencia criolla”. En este capítulo el autor analiza y pone en diálogo los trabajos de una serie de autores que han problematizado e indagado en los cambios de la conciencia criolla y cómo ésta se vincularía con los nacionalismos de los nuevos estados independientes. De esta forma, recorre los trabajos de diversos autores, fundamentalmente de David Brading, que han buscado desde los primeros días de la conquista los elementos de una conciencia criolla que comenzaba a definirse. Altamirano contrapone a los orígenes de dicha conciencia criolla una etapa que llama de autocrítica, a partir de los trabajos de Germán Carrera Damas, en la cual aquellos que fueron opresores en territorio americano, a instancia de las revoluciones operaron un giro hacia la posición de oprimidos junto con aquellos sectores de los cuales habían sido sus verdugos, enfrentando así, como bloque y bajo el liderazgo criollo, a los invasores españoles y erigiéndose como libertadores. De esta forma, el criollo pasaría de una forma de dominación colonial a otra de tipo republicana, pero conservando su rol central y de legitimidad.

El quinto capítulo, titulado “Universalidad europea y particularidad americana”, toma como punto de partida la singular experiencia de la realización del XIV Congreso Internacional del PEN, es decir, el Congreso de escritores más importante de la época. Hábilmente, Altamirano encuentra la importancia de que el mismo fuese realizado por primera vez en América, específicamente en Buenos Aires, puesto que aquello puso de manifiesto ciertos sentidos comunes compartidos por muchos intelectuales. La cultura provenía de Europa, por cuanto los intelectuales americanos no podrían ser más que vástagos europeos en suelo americano. Sin embargo, al abrigo de una prestigiosa revista como fue *Sur*, surgieron postulados como los de “inteligencia americana”, punto que abría así la tensión entre la universalidad de la cultura del viejo mundo en contraposición a la singularidad del pensamiento americano. Finalmente, el autor se adentra en el problema de la tradición, tanto entre quienes trataron de identificarla como de aquellos que entendieron que no existía o no se precisaba tal cosa, focalizándose en experiencias como las de Jorge Luis Borges, Roberto Arlt o el grupo de escritores en torno a la revista

*Contornos*. De esta forma, en las luchas en torno a la tradición o a la novedad, Altamirano explora y reflexiona sobre el concepto de generación y el problema del “parricidio”.

El sexto capítulo se titula “La originalidad como tarea”, en el cual Altamirano identifica una de las más tempranas obsesiones entre ciertos sectores intelectuales, es decir, la búsqueda por el origen de la literatura americana, la génesis de una tradición que rompiera con la lógica del trasplante desde el viejo mundo para dar lugar a una operación literaria *sui generis*. De esta forma, la problemática que analiza el autor tiene su eje en la búsqueda no sólo de un origen de las letras hispanoamericanas, sino en el dilema en torno a la originalidad o la copia, dimensión que para el autor constituye un campo contencioso entre el discurso público y el erudito. Por otra parte, Altamirano analiza a la generación del 37 argentina en torno al eje de la originalidad, tomando como referencia las lecturas de Adolfo Prieto.

Finalmente, el libro cierra con un apéndice, en el cual indaga tanto etimológica como historiográficamente el problema de la identidad como concepto y vocablo, recuperando las discusiones y aportes interdisciplinarios en torno a esta categoría central que anima a su obra. De esta forma, afirma que la identidad no es un dato que nace con nosotros, sino una construcción subjetiva y colectiva de tipo relacional e histórica, por cuanto no puede haber identidad sin alteridad.

Esta obra de Altamirano constituye un interesante fresco para adentrarse en las discusiones históricas en torno a las representaciones que América ha tenido en su permanente batallar frente al espejo, a la hora de reconocerse y asimilar el reflejo que de sí Europa le ha brindado. Sin embargo, como ya señalamos, la obra tiene la matriz de un *working progress* que compila aportes del autor, por cuanto adolece de un hilo conductor más definido y enhebrado por él, así como de un cierre reflexivo que permita extraer ideas más integrales del recorrido temático realizado por el autor, algo deseable de uno de los mayores críticos de la historia intelectual. Por otra parte, no se definen los contornos del grupo de intelectuales abordados para la reconstrucción que la obra se propone, es decir, saber si se trata de escritores profesionales, historiadores, cronistas o políticos, aunque al leer el libro se desprende tácitamente que en su gran mayoría se trata de escritores en sentido amplio, tanto hispanohablantes como de otras lenguas.

No obstante, constituye una obra que permite abordar la historia americana desde una perspectiva original, a partir de la problematización de sentidos comunes, representaciones colectivas, pero también desde las agendas públicas y políticas de muchos sectores que buscaron definir los significados sobre qué es América y de cuál de todas sus formas se trata según la región y la época. Este abordaje amplio en materia de los sujetos de enunciación de dichas narrativas que el autor analiza, lejos de constituir un problema, pareciera ser su fuerte y la propuesta metodológica que anima a la obra. De esta forma, las obsesiones, narrativas y debates que atravesaron de forma amplia a vastos sectores sociales a lo largo de la historia continental, se hayan representados y problematizados por Altamirano con gran destreza y con la fluidez a que nos tiene acostumbrados.